

APOLOGÍA DEL MIRAR DESDE LEJOS CON ALGUNAS DIVAGACIONES ALREDEDOR DEL HISPANISMO

Alfonso Botti

1. En uno de sus mejores cuentos breves, *La tragedia d'un personaggio*, premisa y origen de su obra teatral quizás más famosa, *Sei personaggi in cerca d'autore*, Luigi Pirandello presenta y rechaza el personaje del doctor Fileno, que pensaba haber encontrado el método más eficaz contra toda categoría de males y, al tiempo, la receta infalible para aliviar los sufrimientos suyos y de la humanidad. Dicho método consistía en leer desde la mañana hasta el atardecer libros de historia y en acercarse al presente como si fuese lejanísimo en el tiempo, como si ya fuera historia. En fin: una filosofía existencial consistente en mirar las cosas desde lejos, como a través de un antejo mirado por el lado contrario.

Cada historiador sabe perfectamente que su trabajo se compone de una parte analítica y de una de interpretación. Los dos aspectos pueden estar separados o mezclados, pero el hecho cierto es que sólo su copresencia determina la pertenencia al género historiográfico. Por contra la falta de uno de los dos perjudica la calidad y la naturaleza misma del trabajo. Cada historiador conoce perfectamente el valor del examen desde cerca con las fuentes más directas y las ventajas que la llamada perspectiva histórica facilita en la descripción e interpretación de los episodios, acontecimientos y más aún de los procesos históricos. Suele decirse que el desarrollo y conclusión de un proceso histórico permite ver lo que desde cerca no fue posible percibir y valorar correctamente. Cada historiador sabe también que la búsqueda de datos y de las mismas fuentes resulta más afortunada y provechosa si se produce a partir de una hipótesis general y que sólo se puede encontrar lo que se busca. Todo historiador comparte

la necesidad de emplear la lupa y el anteojo de larga vista mirado al revés.

Sin detrimento de la lupa, el papel que asigno a las páginas que siguen es apologético de una particular mirada desde lejos. Apología quizás menos obvia de lo que en principio podría suponerse, puesto que al articular lo que significa la mirada lejana se encuentran consecuencias e implicaciones que pueden resultar conflictivas; es decir: en condición de producir una reflexión y un debate sobre algunos aspectos metodológicos del trabajo historiográfico¹.

2. Con relación a este tipo de trabajo intelectual existen, en mi opinión, por lo menos dos categorías de lejanía, cada una de ellas con su específica caracterización cultural: la temporal y la que, por decirlo de una forma sintética, podría definirse como espacial.

No hace falta insistir demasiado sobre la primera. Sin ser sinónimos, *tiempo e historia* constituyen una pareja indivisible. El tiempo aclara y deja ver lo que el presente disimula, disfraz y esconde. El buen historiador sabe historiar el presente también. Sale de la crónica y entra en la historia cuando coloca el presente en una más amplia perspectiva. En italiano diría cuando lo *storicizza*. Pero en este caso la perspectiva sólo puede ser la de la historia anterior. El presente como articulación, desarrollo, nudo del proceso histórico anterior. El tiempo sucesivo altera gradualmente la percepción del acontecimiento, amplía y modifica la perspectiva, le coloca en una duración que aumenta incesantemente, volviéndose siempre más amplia. Introduce progresivamente nuevos puntos de vista, nuevos problemas y nuevas preguntas. En fin: un marco cultural distinto y nuevo. Razón por la cual el presente sigue siendo determinante en la percepción del pasado y, por consiguiente, permite (como decía Croce) considerar contemporánea toda la historia. Mirado por los contemporáneos el *desastre* del 98 resultó como la conclusión de una época plurisecular, como el fin no glorioso de la epopeya colonial empezada con las carabelas de 1492. Mirado desde este final de siglo, aparece como un cambio y un principio...

¹ Es preciso aclarar de entrada que la presente reflexión se inserta y explicita un aspecto que he enunciado en distintas ocasiones. Concretamente su *incipit* se encuentra en un párrafo de mi artículo «El franquismo en la historiografía italiana y la mirada del otro sobre los relatos de otras miradas», en I. SAZ (ed.), *España: la mirada del otro*, Madrid, Ayer, 1998, n. 31, pp.127-148, 143-144.

Por lo que se refiere a la que he llamado lejanía espacial, tenemos varios ejemplos de ella. Los relatos de viaje constituyen el primero. ¿Cómo puede mirar desde lejos el viajero, si el viajero es tal por el hecho mismo de acercarse? No hace falta insistir demasiado para explicar la aparente contradicción. El viajero observa, percibe, manifiesta su sorpresa, interpreta y, para relatar, organiza su narración según esquemas y paradigmas culturalmente distintos de los del país que está visitando, por esta razón lejanos de los del país sobre el cual relata. A pesar de las muchas diferencias, entre los Estados Unidos de Alexis de Tocqueville y la España de George Barrow hay por lo menos dos aspectos comunes. Ambos viajeros, para leer la vida del país sobre la cual relatan, le aplican esquemas foráneos. Ambos construyen su relato no para los nativos del país sobre el que relatan, sino para sus respectivos compatriotas. El viajero se acerca y al tiempo mira desde lejos. En fin: realiza el movimiento típico de cada historiador.

3. El caso de quien se dedica a la historia de un país que no es el suyo constituye otro ejemplo de mirada desde lejos. En el caso de que este país sea España, la tentación es la de hacer coincidir la mirada desde fuera con el hispanismo y los que miran con los hispanistas. Se trata de una media verdad, que como toda verdad a medias, puede ser también una media mentira. Dejemos de momento la media mentira y dediquémonos a la media verdad.

En términos generales, el hispanismo ha tenido grandes méritos. En épocas de estancamiento cultural interno, se ha acercado al país ibérico descubriendo y aprovechando fuentes, abriendo pistas, marcando pautas, construyendo interpretaciones que tan solo podían venir desde fuera. Indudablemente ha sido una mirada desde lejos. Conocida es la aportación del hispanismo francés al conocimiento de los siglos XVIII y XIX, de la Ilustración y del liberalismo español. Historiadores británicos y estadounidenses a partir de los años sesenta, sin prescindir del trabajo pionero de Gerald Brenan, han investigado temas como la Segunda República y la Guerra Civil que para los historiadores nativos eran inaccesibles y conflictivos. Los historiadores españoles de las generaciones sucesivas han aprendido mucho y se lo han agradecido. A continuación se han apoderado de las mismas herramientas y, con el cambio de la situación política interna, la historiografía española se ha desarrollado autónomamente. Ahora, mirando hacia atrás, tienen la tendencia a valorar la función del hispanismo como una función de suplencia que ya no sería necesaria.

Según esta opinión al terminarse la función de suplencia se habría acabado también la del hispanismo, a raíz de las mismas facilidades (o

dificultades) de acceso a las fuentes por parte de historiadores extranjeros y españoles, del crecido peso científico y «político» de los contemporaneistas españoles (el impresionante y positivo desarrollo de la contemporaneística en el postfranquismo) y de la circulación de las historiografías. Pero en realidad, lo que ha pasado efectivamente no es tanto que la mirada desde lejos de los hispanistas se haya vuelto superflua, sino que también los historiadores españoles han tenido la posibilidad de construir su propia mirada desde lejos. Nada nuevo en términos absolutos, puesto que, por ejemplo, es conocida la influencia del contexto pluricultural de Estados Unidos en la interpretación de Castro, la de las *Annales* sobre Vives y Tuñón de Lara. Lo que ocurre es que la circulación de los historiadores y de las historiografías, los intercambios culturales, las traducciones, han influido de una forma importante desde la fase de formación profesional del historiador, que de hecho ha aprendido a mirar desde lejos (es decir: a través de modelos interpretativos, de la influencia de otras aportaciones historiográficas, etc.) casi desde el principio. De una forma paradójica casi podría decirse que en lugar de haberse acabado el hispanismo, son los propios historiadores españoles los que se han vuelto hispanistas.

4. Otra cuestión. Si el hispanista es el que estudia la historia de España, ¿por qué a nadie se le ocurre llamar hispanista a Américo Castro o a Tuñón de Lara? En cambio a nadie se le ocurriría quitar el calificativo de hispanista a Marcel Bataillon o a Raymond Carr. Castro y Tuñón son historiadores. Bataillon y Carr son hispanistas. Hay que reconocer que el hispanismo tiene un débil o ambiguo estatuto epistemológico. Resulta entonces evidente que la calificación de hispanista no depende tan sólo del objeto de estudio, sino de un interés científico más una procedencia, un lugar de nacimiento, un pasaporte. Esa procedencia ha supuesto algo importante y ha tenido varias implicaciones. Ha significado una formación historiográfica influida por la historiografía de un país distinto del que constituye el objeto de estudio (España). Por esta razón (y sólo por ésta) el hispanista ha mirado desde lejos. No por ser extranjero, sino por tener un peculiar anteojo al revés. Por esta razón el hispanista continúa, obviamente sin ejercer monopolio alguno, teniendo la capacidad de intuir pistas, construir temas y objetos de investigación.

En los últimos tiempos se ha producido un cambio substancial en la valoración del proceso histórico español contemporáneo en su conjunto. Algo que ya ha sido definido como «un rasgo general del hispanismo internacional»; es decir: la substitución del paradigma del fracaso

por la tendencia a subrayar la «normalidad» española². Resultaría de gran interés reconstruir, a través de una historia de la historiografía al respecto, las pistas a través de las cuales esta nueva valoración se ha desarrollado en una continua ósmosis entre producción hispanística, historiografía española sobre España y la historiografía más general (sin adjetivos o con todos los posibles: económica, social, cultural, etc.). Por contra, igualmente curioso resultaría detenerse sobre los cambios de valoración que se han añadido en las más recientes ediciones de obras (especialmente generales, de síntesis) aparecidas por primera vez en años pretéritos. Se averiguaría de esta forma la contradictoriedad de trabajos en los cuales a un análisis tradicional, incluso sobre datos estadísticos y referencias comparativas pretéritas, se han añadido puntos de vista distintos, interpretaciones más a la altura de los tiempos, más en sintonía con la nueva percepción que se tiene del itinerario recorrido por España en su trayectoria contemporánea. También los que no pierden ocasión de entonar el *De profundis* del hispanismo, tendrían que valorar la aportación que el hispanismo más reciente ha dado a la revisión de los tradicionales estereotipos y lugares comunes sobre España.

5. Tratemos ahora de la media mentira. En primer lugar se puede mirar a España desde lejos sin ser hispanistas, sino siendo historiadores «a secas» que en el marco de una investigación determinada incluyen el «objeto España» en el campo de su investigación. En segundo lugar hay que valorar la siguiente tendencia. En un mundo que especializa los saberes, los especialistas de cada segmento del conocimiento, bien sea para organizar la investigación bien sea para encontrar recursos económicos para llevarla a cabo, se organizan en grupos. Cada grupo funciona por separado y se transforma en corporación. Toda corporación tiene el deber de definir sus objetos y los confines del mismo, estructurar su dominio, tener una identidad. No escapa a la regla el grupo de los que se dedican a la historia de España. Los hispanistas se estructuran como grupo. Cuanto más se organiza un grupo, se vuelve más autoreferencial en un doble sentido. En primer lugar porque manifiesta la tendencia a tomarse a sí mismo como interlocutor casi exclusivo. En segundo lugar porque en lugar de mirar al país desde lejos, mira desde cerca a su propio gremio. Se vuelve narcisista. Deja de reflexionar sobre la historia del país de elección para reflexionar sobre sus propias

² I. CASTELLS OLIVÁN. «El hispanismo francés desde la historiografía española: ¿Francia, revolución; España, reacción?», en *Ayer*, cit., p. 53.

dinámicas internas, su fisonomía cultural, su significado en un concreto marco cultural. Decir que se vuelve autoreferencial y narcisista no tiene ningún matiz despectivo. Tan sólo quiere describir la tendencia, de la cual hay muchos ejemplos: cuanto más numeroso sea el grupo y fuerte desde el punto de vista institucional (es decir: en las Universidades) mayor es la tendencia que tiene a cambiar el campo de estudio de la historia de España (hispanismo) por el hispanismo como campo de estudio. En fin: algo que podría definirse como *hispanología*.

Lo que ocurre es que mientras el hispanismo como estudio de la historia de España constituye una forma de mirada desde lejos, el estudio del hispanismo sólo de una forma indirecta puede enmarcarse en ese ámbito, por la sencilla razón que siendo una autoreflexión sobre su propia historia, más bien podría definirse como una autobiografía de grupo. En fin: una rama de la historia cultural y de los intelectuales. Con eso, claro está, no se quiere quitar dignidad científica a los que se dedican a investigaciones en ese ámbito, sino tan sólo subrayar la diferencia existente entre los dos objetos de investigación.

Por supuesto se dan casos en los que también el estudio del hispanismo puede enmarcarse en la mirada desde lejos. Es precisamente eso lo que ocurre cuando a investigar sobre un determinado hispanismo se dedica un estudioso que no pertenece al gremio, por ser un historiador español o por ser hispanista de otro país. El conocido trabajo de Antonio Niño sobre el hispanismo francés³, tan solo por poner un ejemplo de entre los muchos posibles, se enmarca indudablemente en la primera tipología. Y cualquier aproximación al estudio del hispanismo francés por parte de un hispanista no francés, por seguir en el ejemplo, pertenece sin lugar a dudas a la segunda.

6. Ha escrito Tocqueville que «cualquiera que haya visto y estudiado sólo Francia no entenderá nunca nada de la Revolución francesa» (*L'antico regime e la Rivoluzione*, Milano, 1981, libro I, cap. IV). La frase del aristócrata francés tiene algo que ver con el hecho de que por mucho tiempo la reflexión nacionalista española de finales del siglo XIX se haya enmarcado en la definición autárquica de «regeneracionismo», así como que haya tardado mucho en concretarse el estudio del nacionalismo español frente a una cantidad de investigaciones sobre «los nacionalismos», como si en la península hubiese solo fenómenos con

³ A. NIÑO, *Cultura y diplomacia: los hispanistas franceses y España de 1875 a 1931*, Madrid, CSIC, 1988.

declinación plural. Pero los ejemplos podrían ser miles. Si la dedicación a la historia de otro país constituye de por sí la forma más sencilla de comparación, como se ha dicho⁴, hay que añadir que, al tiempo, esa actitud representa un modo de mirar desde lejos. La comparación puede ser implícita o explícita, buena o mala... Sea como fuere no deja de ser necesaria y de reforzar las virtudes de la mirada lejana.

Un ejemplo, limitado al caso español e italiano, es lo que más puede servir al respecto.

La historiografía lleva muchos años investigando las relaciones entre fascismo y franquismo con el propósito de establecer analogías y diferencias desde la óptica de la comparación. Sobra en este lugar recordar la bibliografía al respecto. En la última década, o poco más, la atención se ha fijado también en otros dos distintos períodos de la historia de Italia y España. Por un lado se han investigado los años anteriores para averiguar las posibles coincidencias y discrepancias en el proceso histórico. En este ámbito se han celebrado congresos y publicado libros⁵. Por otro lado se ha estudiado la transición española a la democracia en relación a diferentes transiciones anteriores y sucesivas⁶.

El caso italiano había estado presente ya en el curso de los acontecimientos españoles de finales de la dictadura. Es conocido que la oposición antifranquista había pensado en una «ruptura democrática» bajo muchos puntos de vista similar a la italiana de 1945-48: Gobierno provisional, elecciones constituyentes, referéndum institucional. Igualmente conocido es que el proceso de democratización se produjo en España de una forma completamente diferente. Fue la «ruptura negociada», es decir

⁴ M. SALVATI, «Storia contemporanea e storia comparata oggi: il caso dell'Italia», en *Revista di storia contemporanea*, 1922, n. 2-3, p. 489.

⁵ F. GARCÍA SANZ (Comp.), *Españoles e italianos en el mundo contemporáneo*. Madrid, Csic, 1990, que recoge las actas del *I Coloquio Hispano-Italiano de Historiografía contemporánea* celebrado en Roma durante los días 28-30 de abril de 1988. De un segundo congreso de la misma naturaleza sobre *España e Italia: Crisis de fin de siglo y Estado liberal* celebrado siempre en Roma en los días 1-3 diciembre de 1994, no han salido todavía las actas. También cfr. S. CASMIRRI, M. SUÁREZ CORTINA (eds.), *La Europa del Sur en la época liberal. España, Italia y Portugal. Una perspectiva comparada*. Cassino-Santander, Universidad de Cassino, Universidad de Santander. 1998 y el Congreso «Intorno al 1898. Italia e Spagna nella crisi di fine secolo» celebrado en Roma y Cassino el 19-21 de octubre de 1998 del cual también se esperan las actas.

⁶ Entre otros este ha sido el propósito del Congreso celebrado en el Istituto Italiano di Cultura de Madrid en noviembre de 1994 sobre «Italia e Spagna nel secondo dopoguerra. Aspetti a confronto nella prospettiva della storia comparata». Sobra decir que las comparaciones de esta naturaleza abundan en la igualmente abundante literatura sobre la transición española a la democracia.

el compromiso entre la oposición antifranquista y los sectores aperturistas del régimen. Un proceso que veinte años después la historiografía ha celebrado generalmente con mucho énfasis, destacando la moderación y el sentido de responsabilidad de los líderes involucrados en aquel proceso, el clima de consenso en el cual se desarrolló la transición y sobre todo el resultado que se alcanzó. Del «modelo español» de transición, la historiografía también más idílica está dispuesta a reconocer un grave límite: la falta de solución de continuidad del terrorismo en el País Vasco. Añadiéndose por parte de otros historiadores otro: el que arranca del Título VIII de la Constitución y que abarca el proceso autonómico que ha llevado hace poco a algunas fuerzas política a poner en discusión el texto constitucional y plantear el tema de una posible (o necesaria) reforma. Una minoría de ensayistas e historiadores más atrevidos ha fijado la atención sobre la continuidad de algunas estructuras del Estado franquista, intentando medir y apreciar sus posibles consecuencias.

Premisa del clima consensual fue el que se llamó el «pacto del olvido». Una afortunada expresión periodística de la cual habría que medir con profundidad implicaciones y consecuencias. Y que, en cualquier caso, quería significar que había sido posible alcanzar la democracia gracias al hecho de que las principales fuerzas políticas habían mirado hacia adelante en lugar de hacia atrás, que los esfuerzos se habían concentrado en el porvenir en lugar de recriminar sobre el pasado.

Al margen de los aspectos jurídico-formales, cuyo desarrollo se ha producido en un marco de tiempo bastante breve, la transición ha sido un proceso lento. Con lentitud han ido desapareciendo los símbolos del pasado régimen, bien sea la efigie del Caudillo de las monedas, bien sea en las calles, paseos y plazas dedicadas al Generalísimo, a su ausente antecesor, José Antonio y a Calvo Sotelo. En una de las atlánticas islas de Cíes existe un enorme y horroroso bloque de cemento que estropea la intimidad de las relaciones entre las gaviotas y el panorama. Se trata de un monumento a Franco, elevado en 1961 y reducido en quince metros en 1993 por la Xunta de Galicia o la Diputación de Pontevedra. El problema es que sigue distorsionando el panorama, que la pintura revela desde cerca no haber conseguido borrar las antiguas letras de homenaje y agradecimiento al Caudillo y que se han tardado dieciocho años en tomar una decisión. ¿Asuntos gallegos? Mientras tanto, en otro precioso rincón norteño, esta vez urbano, en Santander, el Caudillo sigue cabalgando con toda tranquilidad en su estatua ecuestre a pocos metros del Ayuntamiento.

Han transcurrido más de veinte años de la Transición y España ha consolidado su propia democracia y su sistema político de una forma que ha convencido también a los observadores más escépticos. A lo largo de

estos años se han producido gestos y episodios contradictorios con relación a la historia anterior, concretamente a la guerra civil y al franquismo, pero no sólo a ellos. Por un lado con el desarrollo del proceso autonómico se ha producido el cambio más substancial con relación a la concepción centralista que había sido uno de los motivos por los cuales los militares se habían sublevado en 1936; con un gesto de gran valor simbólico se ha concedido la ciudadanía española a los militantes de la Brigadas Internacionales, se ha puesto en marcha la indemnización de los inmuebles de propiedad de los partidos políticos que habían sido incautados por el régimen de Franco. Por otro lado algunos episodios llaman la atención sobre la dificultad que encuentra el presente democrático en fundamentarse en la anterior historia del país. Como si la democracia fuera la consecuencia del fin natural, fisiológico, del régimen anterior y biológico de su héroe epónimo y no el resultado de procesos ya seculares a lo largo de los cuales las luchas de los demócratas españoles, en su acepción más amplia, no han sido lo de menos. Los episodios a los que me refiero son mínimos, recientes, pero sintomáticos: el debate suscitado por la famosa frase sobre el «carácter *unitario*» de la historia española contenida en el proyecto de reforma de los programas escolares de humanidades de la Ministra de Educación Esperanza Aguirre; el programa televisivo de noviembre de 1997 en el cual se ha presentado a Franco sin comentarios críticos o casi; la lápida que no se consigue poner en el pueblo aragonés de Calanda para recordar a las víctimas de la deportación y de los campos de exterminio nazi; la proposición no de ley en la Comisión de Asuntos Exteriores que el partido de mayoría relativa no ha votado por la referencia que contenía a la responsabilidad de los militares en el inicio de la guerra civil; las voces que de vez en cuando se levantan dentro la Iglesia afirmando la necesidad de una explícita petición de disculpa por el apoyo dado al régimen de Franco... En fin lo que resulta evidente es que la valoración del pasado sigue siendo conflictiva y que todavía falta una visión compartida del pasado más reciente.

Es posible que todo ello derive del hecho de que el franquismo acabó por agotamiento y no por trauma. Y es posible que efectivamente la democracia no tuvo entonces otras *chances* que las efectivamente aprovechadas. Pero no se trata aquí de reescribir la historia según lo que hubiera sido posible. Se trata de valorar las consecuencias de lo que efectivamente ocurrió. En Italia, a pesar del fin traumático del fascismo y de una transición a la democracia que se caracterizó de una forma más explícita como ruptura, el problema se plantea de una forma similar. De entre las pruebas más recientes de ello, una lápida conmemorativa de Giovanni Gentile en la Universidad Normale de Pisa, cuyo tex-

to, en una traducción aproximada, afirma que si Gentile fue, por un lado, «un profundo renovador del pensamiento filosófico italiano, intelectual e incansable organizador de la cultura», por otro, «Sobre el régimen autoritario y racista del cual fue consciente sustentador, queda la condena de la historia y del común sentir humano».

A partir de estas rápidas consideraciones se abre la posibilidad de ampliar el horizonte, puesto que si se mira sólo al caso español el problema no aparece en su verdadero tamaño. Es tan sólo mirándolo desde lejos como se percibe su dimensión y su correlación con algo parecido que se ha producido y sigue produciéndose en otros países.

Llama significativamente la atención que en este fin de siglo, todos los países que han conocido experiencias totalitarias o tendencialmente tales, vuelvan la mirada hacia su propio pasado sin conseguir alcanzar una visión compartida. Y que las cuentas con el pasado estén presentes en muchas zonas de la conciencia colectiva, de la opinión pública y en el debate historiográfico de los distintos países.

Empezó Alemania con el debate de los historiadores sobre el pasado que no pasa. Siguió Italia en la fase de crisis de la Primera República todavía inacabada. Continúa Francia donde el intento de borrar la dramática experiencia de Vichy, que por varias décadas la clase política e intelectual ha ayudado a esconder como si fuera la historia de otro país o no perteneciera a la verdadera Francia, vuelve a aparecer como pesadilla y cargo pendiente, como cuestión no solucionada. Y habría que seguir con Portugal, Grecia...

Tal como se ha comparado fascismo y franquismo desde el punto de vista de los sistemas políticos, de sus causas y antecedentes en los procesos históricos anteriores, de sus respectivas crisis y transiciones a la democracia, también habría que plantearse la cuestión de la percepción de un pasado dividido y conflictivo por parte de las generaciones actuales de los dos países y, alejando todavía más la mirada, habría que ampliar el campo de investigación a otras historias nacionales en la perspectiva de una historia verdaderamente europea.

7. Volviendo al hispanismo, merece la pena destacar que existe y resiste otra vertiente. Es la que se fundamenta en la actividad de docencia, de formación, de mediación entre la cultura española y la cultura del país en el cual el hispanista ejerce su profesión. Desde este punto de vista el hispanismo es como si fuera un abrigo que el historiador se quita de encima cuando pasa la frontera española y que vuelve a ponerse cuando regresa a su país de procedencia. En otras palabras el hispanista tendría que ser tal en todo país menos en España. Fuera de España

tendría que declarar una especialización que no tendría que exhibir al llegar al país ibérico.

Por incómodo que resulte, no parece que haya otra posibilidad de colocar las cosas en su sitio. Así que para concluir habría que destacar cuatro funciones del hispanista (que a menudo conviven en la misma personalidad cultural, si bien a veces cada uno de los hispanistas desarrolla más una función que otra).

La primera es la de historiar España desde fuera. El hispanista como un historiador más, que utiliza las mismas fuentes directas e indirectas que los demás, que aprovecha de su propia formación profesional para enfocar el mismo objeto desde una perspectiva diferente. Y que de esta forma añade una posibilidad interpretativa más con la cual el conjunto de la comunidad científica puede tener interés en debatir.

La segunda es la de socializar la historia de España, fuera de España. Puede averiguarlo cualquiera a través de un sencillo control de la bibliografía de los distintos hispanistas que, en su inmensa mayoría, tienen un sector de especialización con trabajos que utilizan fuentes de primera mano y se traducen en aportaciones originales y libros o aportaciones de carácter más general, de síntesis, contruidos a través de la historiografía española e hispanista, por el control que ellos tienen de ambas.

La tercera es la de *hispanólogo*, por así decir, por el hecho de que, a pesar de ser como se ha dicho con anterioridad la *hispanología* una rama parcialmente distinta, es evidente que el hispanista tiene una peculiar sensibilidad para manejar la producción hispanista. Si exagera es autoreferencial, como se le reprocha justamente a menudo por parte de los historiadores españoles, siendo igualmente cierto que no siempre la historiografía española se aprovecha de la producción hispanista.

En fin, sin que tenga el monopolio, una cuarta función del hispanista puede encontrarse en su colaboración en el conocimiento y circulación de otras historiografías.

No sé si adoptando los puntos de vista que se acaban de sugerir se conseguirá hallar, como el doctor Fileno, alivio a los sufrimientos propios y de la humanidad. Con muchas ganas cambiaría las virtudes terapéuticas del mirar desde lejos por el reconocimiento de su utilidad historiográfica. En cualquier caso me conformaría con que se evaluara con mayor atención las posibilidades que ofrece el anteojo mirado al revés y se suspendieran (sólo momentáneamente) los rezos sobre la muerte por inutilidad del hispanismo.